

INTRODUCCION AL ESTUDIO DEL ARTE SOCIAL

por JAIME IBÁÑEZ

I

La posición del escritor es cada momento más problemática. Se encuentra hoy ya no tan sólo acometido por los misterios de su conciencia, de su espíritu, sino también por los misterios de la historia y de la sociedad. Si en un tiempo estuvo sumergido en los grandes problemas de su destino individual, de las fuerzas que operan en su alma, hoy se encuentra enfrentado a un enigma más arduo, a una incógnita más pavorosa cual es el destino de su pueblo o de los pueblos de la tierra, y de las fuerzas que operan secretamente en los subfondos sociales.

He ahí la nueva, no en el tiempo pero sí en la intensidad, problemática del escritor de hoy.

No quisiera decir que los escritores de todos los tiempos han mirado con indiferencia este asunto, no. Lo que sí digo y en lo cual creo acertar, es que el escritor de hoy, ya se le llame ensayista, novelista, poeta o autor teatral, se encuentra frente a una de las más grandes incógnitas de la historia. Su mentalidad está desquiciada porque los acontecimientos que se suceden diariamente están fuera de su más fina intuición.

El poeta, y en general el creador, está acostumbrado a construir en gran parte él mismo los destinos de su pueblo, a ser el superador de las imágenes que han de servir de guías históricas. Es esta la más grande y la insuperable misión del escritor.

Palpablemente fueron escritores los profetas y no debe extrañar a nadie que los profetas hayan sido ante todo grandes escritores ni que los escritores hayan sido ante todo grandes profetas. Profeta fue también Cervantes y lo fueron Dante y Erasmo y Goethe y Góngora.

Tradicionalmente, por una serie, quizás, de reflejos el escritor está dotado de la profética y su mentalidad está condicionada para esa misión intuitiva. Tal vez por esto, el principal punto de acción de los poetas ha sido su propia personalidad, han sido líricos, es decir han permanecido contemplando sus pasiones.

Han dejado un poco de lado ese penetrar profundo y entrañable, ese purificarse ritualmente en la más honda y amable verdad humana, colectivamente humana. Porque hemos vuelto, vuelto en un sentido nuevo, al tiempo de la colectividad. No quiero decir al tiempo de la multitud, sino al tiempo de la sociedad, del bienestar social. Nuestro tiempo se caracteriza especialmente por la exaltación de los valores colectivos, por el deseo de conformación de grandes doctrinas, de magnos movimientos hacia la búsqueda de ideales de perfeccionamiento universalmente humanos. Es la reacción natural en el arte al movimiento clausurado del individualismo, de la personalidad como esfera cerrada. Hoy el hombre sabe más ciertamente que cuanto representa en sí mismo sólo tiene valor en función de los beneficios que preste a la sociedad, en cuanto signifique una fuerza de suma que se puede agregar a las otras fuerzas como poder impulsador y como factor de aglutinamiento. No de otra manera podrían explicarse los esfuerzos artísticos hacia la orientación común, las pujanzas hacia un adelanto general. Hoy el arte no puede entenderse sino como una función de conjunto, como la resultante de una ideología fundada en realidades colectivas y orientada hacia finalidades colectivas.

Las épocas de decadencia artística se caracterizan por las tendencias contrarias, por el deseo de ensimismamiento, de indiferencia por los destinos históricos del pueblo. El arte queda entonces sometido a interpretaciones arbitrarias y se convierte en efímeras transfiguraciones individuales. Nace y perece en el universo de una sola conciencia y sus repercusiones temporales y espaciales quedan náufragas en el complejo mundo de un solo

corazón. El arte perece entonces como abstracción estética ya que su trascendencia humana ha sido despreciada.

La transmisión de las emociones, fin primordial del arte, no se opera sino en las obras que intencional o inconscientemente han logrado alimentarse de las profundas savias de las pasiones vitales, de las tragedias comunes, de lo humano que tienen los acontecimientos aún presentados en forma individual. Ese poder misterioso de dialogar con todos los hombres y de entregar en las palabras del diálogo la sangre viva no tiene otra explicación que esa; y el hondo poder de sugerencia de lo poético en el arte, cualquiera que sea, no reside sino en ese escondido fuego de las verdades humanas. Y el hombre como función biológica, como unidad simplemente, ha dejado de existir. Mientras, estuvo convencido de que su "yo" era sólo lo importante de la vida, la historia se encargó de decirle que ella era obra suya aún a sus espaldas, aún a su pesar. Y ella, la historia, no es sino una resultante de transformaciones sociales ininterrumpidas. La grandeza de la historia no reside en la acumulación de tiempo, de parálisis de épocas que van quedando como enseñas monolíticas para trazar el paso de los siglos sino en el contenido de las transformaciones sociales que se han operado en su entraña y que a su vez, no son sino germinaciones de futuros estados de convulsión popular.

Y el arte no es, en última instancia, sino la expresión, en fórmulas estéticas, de esas grandes commociones. Al superar el nivel medio y convertirse en forma pura de todos aquellos elementos nutricios, crea las imágenes que han de perpetuar, en una historia siempre dinámica, el sentido más profundo de un pueblo, sentido que ha de ser fatalmente su guía a través del tiempo. Es esa suma esencial lo que constituye una cultura.

Muchas veces me he puesto a pensar cuál es en términos generales la concepción exacta del término "arte social". De un lado y de otro, quiero decir, del lado de la estética propiamente dicha y del lado de la concepción política, social-política, se presentan argumentos que son en su estricto punto, verdaderos.

El arte dirigido, digámoslo así, adquiere una gran fuerza especialmente en las tendencias que quieren acaparar para su ideología todas o por lo menos las más nobles actividades humanas. En un tiempo dado esa ideología puede primar y reunir desde

luego en torno suyo el mayor número de opiniones y convertirse en el móvil determinante de la temática artística, ya sea como pintura, como música, como literatura. Pero una tendencia política, una tesis sectaria no puede ser históricamente sino uno de tantos movimientos que buscan un equilibrio social transitorio. Claro está que unos permanecen más que los otros, llegan a sintetizar más profunda y más establemente ese ideal de bienestar que los otros, pero aún así no es posible llegar a considerarlas como única misión del entendimiento, ni como único fin de la inteligencia. Por eso el arte, yendo más allá de las ideologías no puede someterse a ellas ni reducir su campo de acción a la exaltación de cualquiera de ellas.

Hoy es muy común identificar el término “arte social” con “arte proletario” porque los movimientos generales de la cultura están dirigidos universalmente al mejoramiento del nivel social de vida de los trabajadores, campesinos, obreros, etc., movimiento que se identifica con esa clara lucha universal de las clases económicamente desamparadas. Y que por otra parte es el más noble de cuantos se operan en las historias políticas.

No vale la pena discutir si en tal sentido los escritores de esta tendencia son escritores sociales. Claro que lo son, puesto que encarnan los anhelos y los ideales de superación de una clase social dada. Pero si a este movimiento sucediera otro que fuera su antítesis y lograra extender sus dominios hasta convertirse en la máxima fuerza social, los escritores que llevaran a la práctica tales ideas serían en su tiempo y en su medio tan sociales como los anteriores.

No se trata, pues, de limitar la función social del escritor a su misión como heraldo de una determinada ideología política. Aún en el caso de que un poeta, por ejemplo, reaccionara violentamente contra la tendencia predominante y dirigiera su arte a esas minorías, odiosas quizá, sería en tal sentido un poeta social.

Si el arte ha de reducirse a crear entes de belleza, es claro que los móviles artísticos pueden ser tan variados como elementos de belleza se encuentren en el mundo. La función estética del arte es esta y no otra. La discusión consiste en saber cuándo un ente de belleza puede tener un mayor contenido humano, es decir, cuándo el arte es más social. Llegar a definir el momento perfecto

del arte como función máxima del entendimiento, como misión noble del hombre.

Tengo la idea de que los temas no importan. Tema de la obra de arte puede ser una lucha de clases como el rostro de una mujer (*). Tanto contenido humano hay en uno como en otro. La lucha de clases puede ser más directa y más halagüeña para la clase que en la obra de arte lleva la mejor parte. Es un arte combativo, no contemplativo. Es un arte dirigido, no un arte universalizado.

Tanto una obra como otra pueden poseer iguales virtudes técnicas y sin embargo llenar más esa función social tan apetecida y tan escurridiza en su definición, una más que la otra. Hay un factor que escapa a la simple visión formalista de la obra de arte y es ese poder de eternidad, de estar siempre en contacto con los corazones de todos los siglos independientemente de aquellos diálogos superficiales estructurados con palabras temporalizadas y espacializadas, con formas deleznables.

Pero el problema del arte social se nos presenta de una manera en que difícilmente puede solucionarse teniendo en cuenta las meras capas o clases sociales en el sentido común y corriente que se les ha asignado. Hoy por hoy las clases sociales están constituidas por individuos que tienen un mismo sistema de vida económicamente hablando. Es decir, clases económicas que son sociales porque forman agrupaciones alrededor de un modo de vivir acorde con sus capacidades, con sus sistemas de ganar el sustento y de gastar el fruto del trabajo.

No creo que este sea el sistema que debe buscarse para estructurar una sociedad vista desde el punto artístico. Un arte es social por su capacidad de agrupar a su alrededor un conjunto de gentes y de mejorar sus condiciones, es decir, dirigido a solucionar un problema, a plantear una situación social o una realidad dada. Parece más acorde con el espíritu artístico, dividir la sociedad en clases intelectuales para conseguir así una mejor delimitación del poder aglutinador y orientador del arte y para saber con mayor precisión hacia quién va dirigida una obra de arte. Y así, la misión artística puede dividirse en dos partes, en dos funciones esenciales. La primera puede ser la de satisfacción de la necesidad

(*) Leonardo en "Gioconda" y Goya en los "Fusilamientos del 2 de mayo". Goya mismo en Las Majas y los retratos de nobles.

humana por el conocimiento y disfrute de lo bello, y en segundo término utilizar ese placer para hacer mejor la sociedad.

Es una condición humana y humana en el más profundo de los sentidos la de estar en contacto continuo con las cosas bellas. El arte, la belleza formal, adquiere una importancia decisiva porque ella nos aleja de la muerte. La muerte está en aquellas cosas que atacan al alma por su fealdad, por su poder de destrucción de valores superiores, por el horror que producen y por el odio que nos traen a la vida. El hombre siente por esto despecho de vivir, fastidio de encontrarse en un mundo cruzado de seres detestables, de objetos y acontecimientos que producen la sensación de estar sufriendo una vida que nada halagüeño le entrega, que nada amable le depara. Así la fealdad, la maldad, llevan al hombre hacia la muerte, a una muerte del espíritu, por el abandono, por el deseo de no aceptar, y algo más, de rechazar lo que le rodea. Trasladado esto al campo estrictamente social también él, el arte, aleja al hombre social de una muerte social, de un aislamiento que le mina, y a la sociedad, de la pérdida de sus valores dinámicos, colectivos, de superación. Mientras el arte no enseñe a la conciencia que existen cosas amables, seres que por sus condiciones materiales, por su comportamiento espiritual, son dignos de amor, de mover el corazón hacia ellos y la contemplación intelectual, que son suficientes ellos por sí mismos para que la inteligencia funcione a su lado tratando de descubrirlos y de penetrar su escondido mundo de valores nutricios del alma, el hombre se ve precipitado a la desesperación, a la angustia, a la muerte.

El arte en el mejor de sus sentidos es el emblema de una vida mejor, de un estado universal que invita a la recreación, a la contemplación y al ejercicio de la inteligencia en función de la belleza.

Lo eterno del arte está precisamente en este poder de llevar la vida en sí mismo, de ir configurando las conciencias hacia su perpetuidad, hacia su mundo de valores eternos, inextinguibles, que van por el tiempo y por los espacios enseñando a los hombres la hermosura del mundo, la perfección de lo creado y enseñando, en su función histórica, que aún existen universos inexplorados para entrar en los cuales él está como portal, como enseña, como guía. Se constituye así como un elemento de ininterrumpida

evolución, de constante perfeccionamiento que lleva al hombre forzosamente a un deseo de existir, de descubrir y de recrear.

Esa actividad vital va realizando entonces de una manera causal un movimiento de selección, de superación; orienta hacia una perspectiva horizontalizada, de búsqueda de regiones lejanas, de azules subfondos de ensueño. Es aquí, en este momento, una religión sino teocrática, sí estética, porque busca formular los enunciados de un reino ultra natural, dijéramos, ultra sensible, más allá de las cosas materiales donde el hombre adquiere la justa medida de sus pensamientos, de sus funciones creadoras. Lleva al encuentro de una dimensión de profundidad que encuentra en primer término la dimensión individual, psicológica, y en segundo lugar, una dimensión social, una función sociológica. Al extenderse se profundiza y al profundizarse se socializa.

Y esa socialización se efectúa no en función económica sino en función cultural. Por eso es importante para el arte, distinguir clases sociales culturales y no económicas, aunque generalmente unas y otras se correspondan.

Y como el hombre en determinadas zonas de su sensibilidad es idéntico en todas sus manifestaciones, y en estados de su ambición también lo es, el arte no puede por propia naturaleza dejar de ser social en ningún momento.

El arte no puede inventar verdades, pero sí puede, y esto es lo que hace, descubrirlas, ponerlas en contacto con el mundo, después penetrar en ellas para sistematizar su funcionamiento. Su funcionamiento, claro está, en términos de belleza. Porque una verdad puede ser descubierta de muy distintas maneras y puede ser penetrada y reducida a fórmulas también de muy distintas maneras, ordenada de acuerdo con los enunciados y las técnicas de distintas actividades humanas, como la ciencia, la historia o la filosofía. Cada una en su esfera e independientemente.

En el momento de descubrir una verdad, el arte la está recreando, está llenando su función creadora, intuitiva, expresiva. Y en el momento de sistematizarla, entra en juego no ya el arte de manera abstracta sino el arte como técnica y puede ser expresada en formas distintas artísticamente hablando. Poética, pictórica, novelística o musicalmente. Y cada una de las artes a su vez, formula esa verdad a su manera, puramente, usando de sus ele-

mentos y de su técnica. En ese segundo proceso de objetivación es donde el arte es más o menos social.

El arte, pues, mira la sociedad como un conjunto de valores culturales sometidos a un proceso histórico. Toda experiencia del corazón es una asimilación de esa sociedad, donde se halla sumergido, de la cual va tomando, para su nutrición espiritual, valores culturales. Y todo este movimiento, en el tiempo, de la dinámica social, tiene un camino, un destino, que el artista puede tomar en sus manos cuando llega a la entraña social y profundamente enamorado de ella se unifica, se hace uno, tomando sobre sí la carne y el espíritu, revistiéndose de los dolores, de las tragedias, de la belleza, para estructurar su obra que así sintetiza esa dinámica. Entonces el hombre, un solo hombre, posee los secretos, los misterios, las fuerzas que impulsan los destinos sociales.

Las realidades se nos presentan con cuatro dimensiones bien definidas que para el arte constituyen cuatro elementos substanciales. La primera dimensión es geométrica, sensorial; son las realidades espacialmente consideradas. Vemos sus colores, contemplamos sus formas, oímos sus sonidos, percibimos sus olores. En este primer momento los hombres todos podemos identificarnos en la presencia del mundo. Las cosas son para todos, salvo perturbaciones funcionales de los sentidos, idénticas. El paisaje que nuestros ojos contemplan tiene un mismo color, una misma armonía cromática, una misma geometría, una misma distribución de masas; quizás, todos oímos de igual manera su sonido, ese sonido de la vida que fluye del paisaje, esa música de la naturaleza.

La segunda dimensión es temporal, es decir la "cosa", la realidad, el ser, puesto en el tiempo. Podemos conocer su origen, y podemos saber el camino que ha seguido a través de los días, para llegar hasta nosotros. Podemos saber la edad de los árboles y la edad de las nubes, podemos también conocer las transformaciones que en esos elementos se van operando, su paso hacia la destrucción, hacia la reconstrucción, hacia la germinación.

La tercera dimensión puede ser el primer juicio que nos formemos de esa realidad, el conocimiento de sus virtudes. Este puede ser un juicio económico, moral, filosófico, estético. En todo caso, es la presencia de la inteligencia ya como poder, como entendimiento del mundo, como capacidad de formular juicios sobre las virtudes de las cosas.

Y la cuarta y más importante, artísticamente, socialmente, es el conocimiento y sistematización de las relaciones. Es el momento en que un ser resume el tiempo, el espacio y sus virtudes para ponerse en contacto, en relación, en función de los seres y las cosas que le rodean. Es el momento en que deja de ser uno para convertirse en parte, en elemento integrante, el momento en que adquiere la importancia de estar viviendo de lo que le rodea y estar prestando su vida a lo que le rodea. Es su mayor valor su valor de funcionamiento armonioso, universalizado.

Ninguna obra de arte puede descónocer estas cuatro dimensiones.

Y siendo como es, el arte, una actividad instintiva del hombre en cuanto es medio de expresión de sentimientos, lo primero que hace es tratar de expresar sus sentimientos especializados, es decir los sentimientos en sí mismo, en la persona, sin tener en cuenta las relaciones que esos sentimientos puedan establecer entre los hombres. Es una primera etapa de ornamentación personal, alejada, ensimismada, puesta sólo en los límites de la persona sin consideración, algo peor, sin resonancia en el medio social. Pero esto no deja de ser una teoría. Más tarde, a medida que el hombre se organiza como ser social y que comienza a darse cuenta de que personalmente nada vale ni nada significa, ese sentimiento comienza a transformarse en una conciencia socializada y así, cargado de esta nueva fuerza y de un más alto sentido, trata de expresarse socialmente y aunque no logre hacerlo en la medida que sea necesaria para que su obra cumpla su cometido social, ya hay algo de lo cual no puede sustraerse. Es el origen, el móvil, la causa determinante de la obra artística la que se halla en sí misma y por encima de todo cargada ya de la fuerza social. Es la etapa de expansión, la etapa de generalización de los valores estéticos, de las técnicas de estructuración de la obra.

Las líneas limítrofes de un dibujo o las palabras de un poema tiene ya una marcada intención, un centro de acción, un destino, porque han sido llenadas por el sentimiento colectivo sin el cual la obra de arte no significaría en sí misma nada. No existiría, en una palabra. Una obra aislada, desligada, puesta al margen de la sociedad, no existe, porque no existe el hombre, y mucho menos el artista que pueda vivir así. "No es bueno que el hombre esté solo". Es algo inherente a la naturaleza. Cuando el

artista trata de ensimismarse y de buscar el arte puro no está haciendo otra cosa que haciendo una clase de arte social diferente, de contenido repulsivo. Al repeler él la sociedad y tratar de hacer una obra que prescinda de los elementos sociales no está haciendo más que llamando la atención de la sociedad hacia un aspecto social que es la soledad, el ensimismamiento. Todas sus extravagancias, sus paseos fuera, no significan cosa distinta que la presencia de la sociedad frente a una mentalidad especial que está operando sobre ella como reacción, como antítesis. Es el individuo social que trata de no ser más social y esto es, simplemente, una actitud social.

Siendo la sociedad una resultante de factores tales como ambiente, medio, hombre y tiempo, es necesario para estudiar socialmente una obra de arte, contemplar y estudiar primero cada uno de estos tres factores: la tierra, el tiempo y el hombre.

La dinámica social está integrada por estos tres elementos. Ninguno de ellos es estático en sí mismo ni es dinámico sino en relación con los otros dos, que lo complementan en el sentido social. La cultura por su parte, en cuanto es acumulación de experiencias humanas superadas, es así mismo una resultante de estos tres factores. Se identifican entonces: sociedad y cultura.

Una sociedad llega a su apogeo en virtud de la plenitud vital de su cultura, de aquella serie de principios artísticos, científicos, políticos y técnicos que ha logrado acumular. La sociedad es entonces un conjunto armonioso de valores puestos en funcionamiento.

No es suficiente pues, para entender y para interpretar la labor social del arte comprender, por muy profundamente que se logre, la geografía ni las condiciones climatéricas donde se ha desarrollado el grupo humano que ha sido capaz de producir los valores artísticos. Si nos detuviéramos en este primer estudio, fallaríamos por carencia de otros factores indispensables. Hoy, claro está, se permite la ciencia estudiar las culturas antiguas partiendo del medio geográfico. Pero esa visión nos entrega solamente un concepto unilateral. Es necesario recalcar sobre esto aunque parezca obvio, porque hemos de recordar que una de las más fuertes y más prestigiosas concepciones sociológicas del siglo XIX, entendía como objeto principal de sus estudios el medio geográfico y climatérico y en razón de esos estudios operaba para llegar

a la interpretación de las culturas. Puede ser esta una de las primeras, quizá la primera, el punto de partida, para comenzar por lo más concreto pero en ningún caso un camino único.

Tampoco podemos limitarnos al tiempo, porque el tiempo nos entrega el movimiento de las culturas y de los valores artísticos solamente en función de su perdurabilidad, y es necesario tener en cuenta que muchos de esos valores y de esos acontecimientos que no han resistido la prueba del tiempo son representativos y lo son en alto grado cuando se necesita descubrir, valiéndose de ellos, subfondos que nos ocultan, con su deslumbramiento, aquellas obras traídas como clásicas en función del tiempo. Por otra parte, se hace necesario, en muchas ocasiones olvidarlo un poco, sin prescindir de él, para descubrir el grado de intensidad en que una obra de arte ha sabido captar el espíritu perdurable de una sociedad.

Si a estos dos factores sumamos el hombre, que es el pozo a través del cual pasan espacio y tiempo delimitando su actividad, tendremos entonces el universo del arte integrado funcionalmente.